

LA NOCHE DE LOS IDEALES – Fabien Tarby

Posiciones

¿Qué es esta noche de los Ideales? Nada menos que, precisamente, el modo de existencia propio de nuestra época: el fin de toda voluntad revolucionaria, de toda ambición emancipadora; la aceptación de las cosas como son, o la resignación al imperio del consumo y la indiferencia hacia las miserias del mundo. Porque así vivimos, apaciguados, ya sea que nos sintamos decepcionados o triunfadores. De verdad.

Es esencial que comprendamos, aunque sea parcial y fragmentariamente, las estructuras políticas, sociales y económicas que han llevado a este estado de situación. Le damos un nombre a estas estructuras: son la democracia virtual. Entendemos por democracia virtual este sistema nuestro, cuya organización comienza a presentar a la historia de la humanidad, desde hace algunas décadas, la figura extraña de una vida política *vana*.

Esta *vacuidad* es lo característico de la época, el signo de la decadencia de un Occidente mimado. Se produce en silencio, como felizmente.

En general, en la historia hubo violencias y contradicciones, o claridad en la lucha entre los despotismos y las voluntades de emancipación. Nada de eso ocurre ahora, sino más bien la aceptación blanda de la nulidad de nuestro destino de seres políticos. Antes, era perfectamente posible no tener derecho a nada, estar aplastado por las estructuras mortíferas de un poder trascendente, ser soldado o esclavo, *o bien*, por el contrario, ser rebelde o revolucionario, comprometer la propia vida en nombre de un Ideal más o menos consciente. Pero hoy, apáticos y sin embargo lúcidos, más

conscientes que nunca, nos dejamos arrastrar con deleite a la aceptación de las estructuras. Que fingimos creer, en consecuencia, Justas y Buenas.

Como si nuestra época pudiera ser una excepción a la mirada del mal o de la insuficiencia, siempre reinantes.

Desde luego que algo ganamos con esto: arrellanarnos en estructuras hábiles y casi suficientes, siempre satisfactorias para los menos pobres o desposeídos de entre nosotros. Pero al mismo tiempo perdemos el sentido que tiene, para el hombre, el deseo de combatir por un Ideal, es decir, luchar por que se muestre lo imposible que es capaz de lograr.

Esta vanidad de la política no deja de promover formas insostenibles de dominación y de injusticia, pero son formas que no aparecen así, insostenibles. De ellas se dirá que son conformes a la naturaleza de las cosas o a la impotencia constitucional del hombre.

De esta manera, nuestros problemas son bien diferentes a los de una lucha contra lo francamente dictatorial, y nos obligarán ante todo a recuperar la lucidez; porque lo propio de esta vanidad es no aparecer como tal.

Todo marcharía bien, entonces, mientras la renuncia a los Ideales nos devore y nos deje satisfechos de asistir a una elección como a un espectáculo deportivo, o como a un partido de fútbol Francia-Italia más que como a la exterminación secreta pero real del África. Naturalmente...

*

La noche de los Ideales sobrevino desde que el comunismo histórico no sólo fracasó sino que mostró su violencia insostenible, su verdad de contra-verdad, su desastre absoluto. No hubo entonces nada más que decir. Lo virtual de la democracia podía florecer libremente, y orgullosamente. Le era inherente olvidar toda voluntad

política auténtica en beneficio del oligarquismo reinante, que se imponía en los regueros mediáticos de polvos opiáceos, destinados a los ciudadanos así domesticados.

¿Qué es la política? He aquí la pregunta cuyo sentido debemos reaprender. La democracia virtual nos dice que la política es solamente la buena acción quinquenal que un ciudadano debe realizar. Elegir a Nicolás Sarkozy en vez de a Ségolène Royal. Nada más. Una vez recompuestas las estructuras estatales, cada uno deberá volver a su lugar. El pueblo ya se expresó, ahora sus representantes obrarán. Como debe ser.

- Pero la política real no es eso, una aceptación tal. Porque la política es sin duda insumisa, lúcida.

La política será eternamente –mientras haya hombres- uno de los modos de existencia del sujeto que vive en el animal humano, y que lo supera en parte. En este sentido, si la política no se encuentra exactamente en todas partes, existe ciertamente más allá del acto puramente estructural y previsible, aunque raro, que se lleva a cabo en el cuarto oscuro abierto de tanto en tanto. Pero las estructuras se rezagan siempre con respecto a la realidad de las posibilidades... Sin embargo, ese retraso las favorece, ya que les sirve para obtener su poder, aparentemente legítimo. Aunque la verdad de la política, aquella de ser uno de los aspectos del sujeto, de la dignidad humana, vuelve siempre a la cara de la realidad.

Desde el momento en que la política acuerda con lo real, es decir, desde que la política se enuncia como conciliación con el estado de hecho, pierde su significación profunda. Porque la política es, en verdad, *infinita*, como lo son las otras expresiones del sujeto en el hombre: el arte, el amor, el saber.

Y en esto consiste lo difícil de la época: en que ya nadie cree que lo infinito pueda abrazar poco a poco las estructuras y la realidad chata, ya nadie ve cómo esto sería posible. Incluso ya nadie cree en el infinito en sí de la justicia, la igualdad o la

libertad. Todo el mundo desconfía de semejante ambición y le huye como, hace algún tiempo, le huía a la peste roja de Moscú. Desde entonces reinan la indiferencia y la desconfianza con respecto a lo que puede la política; así como el respeto, por el contrario, a las estructuras, la aceptación de la capa de plomo de lo real –mientras, esta realidad de las más crueles, nos afecte (a nosotros los ricos) de muy lejos, en negras imágenes de Darfour o de Ruanda.

Esta es nuestra situación. No creemos en la política; no creemos que la política sea una de las figuras mayores del sujeto en el animal, de lo humano en el hombre.

Esta época es nueva, es la ocasión para una liberación de las conciencias jamás vista; pero, por otra parte, no sabemos todavía que esa es nuestra suerte. La oscuridad, a penas atravesada, la que condenó a los hombres a lo peor durante siglos, vuelve a caer ciertamente sobre nosotros en forma de espejismos extraños, más sutiles, menos brutales, pero no menos eficaces.

Aquí estamos, idiotizados por no estar más en dictadura, sin haber comprendido aún el sentido que tiene vivir en democracia. De donde resulta esta democracia virtual que, claro está, es ciertamente mil veces mejor que la dictadura o el despotismo, pero en la que persiste, mientras no se la cambie, el truco más viejo del mundo, y en cuyos flancos, como siempre, anida lo odioso.

Noche profunda de los ideales, entonces, porque la democracia virtual no suscita, en lo que hace a la cuestión colectiva y universal de la vida de los hombres, sino un modo de existencia secundario y mediocre. Por ejemplo, el de las modificaciones contractuales y jurídicas, pequeños retoques y medidas que perpetúan la permanencia de un escándalo y de una injusticia que pasan desde entonces desapercibidos, porque son simples resultantes o variables a ajustar.

Pero la política no es la matemática de las estadísticas arregladas o corregidas. Ni tampoco es, por otra parte, el amor universal ni la obra de arte colectiva. No, la política es un procedimiento del sujeto, particular, difícil, específico, a decir verdad imposible, por medio del cual el hombre manifiesta su dignidad. Lo que este procedimiento es, en qué forma el mismo manifiesta la fuerza del sujeto, lo que la política puede ser hoy, entre estructuras e ideales, constituye una de las finalidades esenciales de este ensayo.

Creemos que la política vale únicamente si es revolucionaria. Creemos en la política como en el amor, en el saber o en el arte, es decir, como en una dimensión inalienable del sujeto con respecto a la cual la historia ha probado que sólo existe en implosión de las estructuras dominantes.

Pero esa política se encuentra hoy, por todas partes, reducida a poca cosa por las fuerzas de la inercia dominantes. Hacer creer que la política no es una dimensión del sujeto, de cada sujeto vuelto hacia los otros y hacia lo universal, a la vez fascinante, necesario e imposible, tal es en efecto una de las astucias preferidas de la democracia virtual. Y sin embargo, los hombres no trascienden su animalidad que cuando se abren a las dimensiones subjetivas, que los llenan de misterio al mismo tiempo que los vacían de certezas. Y tal es la política, que exige de mí que me piense en la apertura a la infinidad de las otras subjetividades. Y esa es la experiencia que todo hombre hace cuando se expone, en su ser, a la existencia colectiva, la de una reunión, la de un debate, o en una disputa de profesores acerca del objetivo de la pedagogía. La política se halla casi en todas partes en nuestra existencia, salvo en las urnas y en el sistema de la democracia virtual. Precisamente en esta disyunción ficticia entre la experiencia de la vida colectiva, donde todo tiene que ver con la política para cada uno de nosotros, a una escala determinada, y el sistema político nuestro, la escala global, es donde radica la

inconsecuencia de la democracia virtual, cuando los hombres han adquirido una conciencia suficiente de la dimensión política que se expresa en ellos. El retraso de las instituciones con respecto a esta conciencia constituye la particularidad de nuestro sistema de dominación actual.

Por otra parte, la política tiene mucho que ver con el combate, pero poco con la defensa de los intereses personales o particulares, salvo cuando esta defensa recuerda la necesidad de lo universal, bajo la forma negativa de un dique erigido contra la extensión de los intereses aún más particulares de los dominantes –lo cual, señalamos al pasar, constituye una definición de la izquierda tradicional y de su buena voluntad. Pero, en realidad, la izquierda reactiva no es más que una forma de adaptación a un combate perdido de antemano. El pescado se ahogó hace tiempo en las estructuras. Y si más vale ser manco que manco y cojo, de nada valer dar gracias a Dios de no ser también cojo...

Si soñamos con la política auténtica que ningún partido tradicional podría satisfacer, que sólo la izquierda puede imitar dentro de las limitaciones de su aceptación, no soñamos, sin embargo, sin la conciencia de nuestro tiempo. Sé, como tantos otros, que es precisamente el sueño lo que nos falta.

El devenir revolucionario es problemático para una generación de intelectuales, ejemplarmente la mía, la de quienes están en la treintena, para la cual no es más posible ser capitalista que ser comunista. Tal es la soledad fundamental de la política auténtica de hoy en día. Ni comunismo, ni capitalismo. O bien, ecuación imposible, comunismo = capitalismo para todos. Estamos ante otro animal completamente distinto de aquel que, como las sirenas de Ulises, llevaba hacia los bajos fondos de la ilusión a los intelectuales aliados al estalinismo o al maoísmo.

Es nuestra suerte, no tener ninguna ingenuidad y seguir de una manera distinta, con un cierto cinismo, el canto revolucionario; aunque es también nuestro desierto, que debemos poblar, no creer más en el Uno o en la Totalidad del Sistema. El comunismo fue, en efecto, en lenguaje materialista, el último avatar de una visión divina del mundo. El Dios-Estado materialista, en síntesis. Pero nosotros estamos ahora más allá, ebrios, para mejor, de una multiplicidad radical, infinita, insondable, sin Uno, que constituye el destino a la vez formal y azaroso del hombre y del ser; sin embargo, necesariamente, nos encontramos un poco mareados por haber perdido los Grandes Relatos. Que no cause asombro, entonces, la postura que quienes, contra el sentido profundo de la historia de la filosofía, se contentarán con el mundo tal como va, con las estructuras existentes y con la democracia virtual. Son numerosos. Los Indiferentes. O los Filósofos de la Medidita bien sentida, que no cambiará nada. E incluso, los Arrepentidos del marxismo. Y finalmente, los Burgueses del Pensamiento, respetuosos.

Pero no, la filosofía política no puede ser eso, si es que vale la pena dedicarle una hora. En la escala del planeta Tierra en su conjunto, no hemos de ninguna manera superado la cuestión de un Marx rebelado, que vio morir de hambre a su propia hija, entre dos combates o manuscritos. Cerca de la sexta parte de la población mundial muere de hambre. Algunas decenas de billones de euros bastarían para alimentar a esta población. Es increíble que haya que recordar tales evidencias al Occidente que inventó, con toda buena fe, la exterminación del África, primero por sumisión y luego por indiferencia. Y que prefiere discutir acerca del número de frutas y verduras que conviene consumir por día, si realmente se quiere llegar a viejo.

Ningún aumento del salario mínimo, ninguna cuota de inmigración bienhechora podrán negar lo contrario. Ninguna medida de política ordinaria. Quienes creen sin

reservas que la esencia de la vida política residen en el balance exacto de tales medidas son las víctimas -aunque también los idiotas o los cobardes- de nuestro mundo.

Nosotros preferimos rehacer el mundo a sufrirlo y decimos que nuestra existencia política es la de la democracia virtual y que, sin embargo, aunque confiscada, la política es una dimensión fundamental del sujeto humano.

La democracia virtual es el modo de existencia colectiva que apareció en la Europa no comunista y en los Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial, del cual estamos viviendo un momento importante. En la medida en que el desarrollo de ese modo ha alcanzado un punto en el que puede decidirse su futuro, entre la continuidad y la ruptura. Pero la continuidad no se decide, se hace. La ruptura es posible sin embargo, a partir de ahora, aunque infinitamente menos probable. Depende de la fuerza de los Ideales contra el peso de las estructuras.

Los dos modos

Existen dos modos, en política, por medio de los cuales el pensamiento se refiere a su objeto: en efecto, podemos pensar la política según el modo *descriptivo*, o bien nuestro pensamiento querrá ser *prescriptivo*.

Si se trata del pensamiento descriptivo, terminará consagrando al mundo tal como es, es decir, necesariamente, mirando la realidad histórica del hombre, mantendrá la desigualdad y la injusticia flagrantes. Ningún pensamiento político digno de ese nombre podría admitir, boquiabierto, los hechos y las condiciones de existencia de la época. Porque eso significaría sencillamente una renuncia a pensar y en consecuencia la aceptación de la constante injusticia que conduce el mundo por la punta de la nariz desde siempre, incluida nuestra época. Por esa razón, lo prescriptivo nos es esencial.

La palabra comunismo, por ejemplo, en estos tiempos democráticos, apesta terriblemente. Porque hay, es cierto, demasiados muertos en el jardín de Stalin y los suyos. En el mejor de los casos, la palabra provocará el sentimiento definitivo de una ilusión obsoleta... De allí que el Capitalismo, ya lo sabemos, sería el único sistema justo y creíble. Pero este juicio en el que se deduce de la derrota del Otro (el comunismo) el esplendor narcisista propio (el capitalismo) olvida que la criminalidad de unos no consagra la santidad de los otros.

El comunismo significa más profundamente que la Utopía (Marx) devino en Dictadura. En este sentido, si la palabra comunismo ya no vale nada según el modo descriptivo, se halla escindida y, bífida, conserva todo su valor según el modo prescriptivo. Porque significa un Ideal.

No quiere decir que el sistema de colectivización con el cual se articulaba ese Ideal fuera un buen sistema, sólo decimos que el comunismo tenía el brillo de lo Ideal, y por lo tanto los mil fuegos necesarios al pensamiento prescriptivo. Que todo haya terminado en el horror, no es asombroso: todo sistema es funesto y bien podemos ver, en ese bajo mundo, al materialismo de Marx convertirse en religión voraz.

Proudhon, siempre consciente de las ambigüedades, ya advertía del peligro en una carta de respuesta a Marx, fechada el 5 de mayo de 1846: “Demos al mundo el ejemplo de una tolerancia sabia y previsoras pero, porque estamos a la cabeza de un movimiento, no nos pongamos al frente de una nueva intolerancia, no actuemos como apóstoles de una nueva religión; aunque esta religión sea la religión de la lógica, la religión de la razón”.

Aún antes de encarnarse en dictadura, como otros en inquisición, el pensamiento de Marx llevaba en todo caso en su interior la relación de lo descriptivo a lo prescriptivo. Marx es el analista de los engranajes del capitalismo alienante de su

tiempo. Prescribe, en consecuencia, la solución ideal comunista. En su pensamiento está lo que es y lo que debe ser. Justamente esta división, ciencia y utopía, es la arista problemática de su empresa. Porque Marx hace del deber ser, y ese es su error, un sistema, mientras que un imperativo debe poder siempre desmultiplicarse si no se quiere dar vida a un monstruoso Súper-Yo colectivo, obstinado y cruel.

De una manera muy simple: lo descriptivo remite en último término a una realidad, de la cual el pensamiento se informa. El pensamiento pierde allí su celeridad y su capacidad natural de apertura y de superación, quedando pegado a esta realidad; por el contrario, gana seriedad y credibilidad, al afirmar que lo prescriptivo no puede producirse sino a partir de condiciones efectivas. Mientras que lo prescriptivo, reino del Ideal, se emancipa de las bajas obras de lo real, libera los posibles humanos al infinito, aunque bien puede ser el *sueño de un loco*. Conocemos así la tesis de los pretendidos nuevos filósofos, de los Glucksmann y Lévy: la Utopía es peligrosa, promueve los monstruos, por lo que el sueño prescriptivo se torna en pesadilla efectiva y descriptiva. Es Marx devenido en Stalin. Por lo tanto, para este género de filosofía, se debe renunciar a toda voluntad emancipadora y acordar con el sistema capital-parlamentarista que no es tan malo. Victoria de lo descriptivo sobre lo prescriptivo, que no es más que la domesticidad de los arreglos y ajustes del primero. Gestión interna del sistema, ya que la idea de otro mundo o de alguna Revolución no tiene ya ni alma ni efectividad.

Esta tesis, hay que decirlo, ha ganado ampliamente y anuda hoy la relación de nuestra democracia virtual a la diada descriptivo/prescriptivo. Habrá que dejar algunos a la LCR (*Liga Comunista Revolucionaria*) o a Arlette (*Laguiller, política francesa del movimiento Lucha Obrera*): siempre y en todos los tiempos hay marginales. La extrema izquierda, prescriptiva por excelencia, ya sea de urna o de pensamiento, está diezmada actualmente, y su rol es simbólico.

El pensamiento descriptivo es central y el prescriptivo aparece sólo a partir de la aceptación previa de ese centro. Lo que quiere decir: existe este mundo, capital-parlamentarista, y prescribir equivale a arreglar los jardines y la jungla con vistas al bienestar, relativo y posible, de la fauna humana que lo habita. Lo prescriptivo depende de lo descriptivo. De donde resulta la pérdida de los Ideales puros y, por el contrario, la omnipotencia de un principio de realidad, erigido en axioma.

La izquierda y la derecha tradicionales remiten ambas a esta dependencia de lo prescriptivo respecto a lo descriptivo. Simplemente, lo prescriptivo se piensa, por una parte, a partir de un resto de migas ideales; por la otra, a partir del implacable principio de realidad. Lo que origina dos órdenes de discurso: uno que recuerda que las palabras justicia e igualdad tienen sentido y que deben prescribir la jardinería política de lo que, sin ellas, sería una jungla; el otro, que pretende elevarse concretamente a un poco más de justicia, de igualdad y de libertad a partir de la remodelación de una realidad primera. Ideales y realidad, realidad e ideal; pero en ambos casos –que ciertamente no significan lo mismo- lo prescriptivo nace de la realidad infranqueable de lo descriptivo.

Dicho de otra manera: nuestra época cree cada vez menos en la fuerza de los ideales, y cada vez más en la firmeza de la realidad. Ya no se trata de imaginar que la inmaterialidad de las ideas pueda gobernar una realidad y metamorfosearla así en Justicia o en Igualdad. Apenas osamos creer que se puede trabajar y reorganizar la realidad, cuyas leyes capitalistas son a la vez naturales, inalienables, eficaces y hasta justas, para adquirir un suplemento concreto de justicia, de libertad o de igualdad, una plusvalía para todos, aunque desigualmente compartida.

Se trata de una constatación. El reinado de Mitterrand marcó en Francia el comienzo de esta tendencia. Esa constatación no toma entre nosotros la forma de una nostalgia comunista, o de una valiente aunque ciega reafirmación, contra viento y

marea, de la creencia en el Ideal comunista. Para nosotros, nacidos después del 68, las cartas están dadas en forma diferente: ni por asomo fuimos comunistas.

La verdad de mi generación de intelectuales, en la treintena, es que debemos comprender la democracia capital-parlamentarista desde adentro, por ella misma, sin referirla sin cesar, Bondadosa, al contrario abominable de su alternativa histórica, el comunismo; nosotros debemos encontrar la lucidez de no someternos en cuerpo y alma a nuestra Madre Nutricia de siempre. Ya no es más, como decía Marx, la religión quien es el opio del pueblo, sino el capitalismo mismo que es religión –para aquellos, ustedes y yo- cuyos efluvios anuales de perfumes de lujo bastarían para alimentar el planeta.

Nosotros no podemos ser ni comunistas ni capitalistas. Esa es la situación delicada, insostenible, de una generación como la mía.

Nos encontramos así en este momento en el que lo descriptivo es amo y señor, sin que podamos adquirir una luz neta acerca de lo que podría ser el pensamiento prescriptivo puro, es decir, el pensamiento revolucionario. La sombra del sistema comunista no es de ninguna ayuda; lo único que resuena es su imperativo inicial, cargado a su vez de demasiada incredulidad. Tal es la característica de nuestra época, que la hace bien diferente del fin de siglo anterior, tanto como del Siglo de las Luces o, en menor escala, de la efervescencia de los años 60-70. Hay una inmovilidad letal de los ideales. Pero ésta no es simplemente un hecho que debemos recibir. En realidad, hay que sostener la tesis de que una derrota tal del pensamiento prescriptivo se halla constantemente mantenida por la organización de este mundo. Lo propio de nuestro modo de ser político es la disolución *inconsciente* de lo prescriptivo en lo descriptivo, de los ideales y de los posibles en la realidad y la efectividad. Esto no se logra sin trabajo ni minuciosidad, pues la sed de posibles es una dimensión fundamental de lo humano; pero se hace, y debe ser deseable comprender cómo se hace.

Hay una ambigüedad del pensamiento descriptivo que podemos trabajar hasta la raíz. De esta ambigüedad resulta infaliblemente la imposibilidad de excluir el impulso prescriptivo. La realidad es necesariamente imperfecta y es por esta razón que el Ideal no puede ser más aniquilado en el hombre que su producción imaginaria y pensante; pero es también la razón por la cual no podríamos sin perdernos creer en un Sistema ideal, que no podría ser sino una realidad imperfecta... En términos ambiguos, debemos observar que el pensamiento descriptivo significa, de entrada, una especie de estado de situación del mundo económico, social y político; el pensamiento no deviene absolutamente descriptivo sin agregar a estas comprobaciones una especie de bendición, de ausencia de coraje o de aceptación viciosa: “Entonces es esto, entonces es así, no puede ser de otra manera”. Mientras que la tarea descriptiva puede, por el contrario, alimentar la necesidad de lo prescriptivo, desde el momento en que ese descriptivo no puede dejar de mostrar la insuficiencia connatural de tal mundo. En realidad, como en Marx, cuando lo descriptivo va hasta el fondo de sí mismo, exige la existencia de una dimensión prescriptiva y, si no lo hace, es que lo descriptivo consagra más rápido de lo que analiza, lo que constituye efectivamente un defecto de la época.

De donde resulta la primera tarea del presente ensayo: describir, bajo el nombre de Democracia Virtual, el mundo capitalista, representativo y mediático que es nuestro mundo. En muchos aspectos, no tenemos ninguna pretensión de originalidad. No solamente numerosos autores han explicado estas estructuras, diversamente, sino que pareciera haber en la opinión común, en los desvíos de las conversaciones, una especie de lucidez instintiva con respecto, por ejemplo, al carácter ilusorio del sistema político representativo, o a los espejitos de colores del mediatismo. Pero esta conciencia popular, severamente negada por los poderes en nombre de la democracia misma, o

licuada en el flujo de las imágenes, vuelva al mundo aún más problemático de lo que es...

Materialismos, comunismo y capitalismo

Al materialismo auténtico, hoy en día, no sabemos desde dónde apoyarlo. Y esta comprobación basta para decir mucho acerca del humor y el aliento de la época. ¿Qué es el materialismo? Bien astuto ha de ser el zorro que sepa responder.

Mientras que el materialismo, durante siglos –poder diabólico pretendidamente religioso- fue por cierto el elemento indigno y, por lo mismo, el rechazado del pensamiento, ese mismo materialismo es hoy, en cierta forma, una evidencia, al punto que los dos sistemas contradictorios, el comunismo y el capitalismo, pueden igualmente reivindicar para sí tal filosofía. Lo que suscita estas dos preguntas: 1- ¿Qué es lo que los dos contrarios históricos, comunismo y capitalismo, reclaman para sí bajo esa misma denominación? 2- Más profundamente: ¿qué puede significar, en este contexto, ser materialista? ¿A que fuerza proyectiva, si esto es posible, tal reivindicación puede todavía dar lugar?

1- Amplia y difícil pregunta, cuya dificultad se acrecienta por el genérico en -ismo del término. ¿Cómo entender tal punto en común? ¿Cómo concebir que la palabra pueda designar, aunque mal y vulgarmente, la actitud capitalista, para la cual la espiritualidad desaparecería en la efectividad de los bienes y los consumos y en la eficacia concreta de las técnicas y de los saberes operativos, de los objetivos a alcanzar?

Para el público en general, en efecto, el materialista sería el hombre cínico del capitalismo, el que –contante y sonante, egoísta y venal- decididamente exageraría; mientras que el buen capitalista sabría cultivar en su vida su pequeño jardín de

altruismo y de zazen. No resolveremos la cuestión tan fácilmente, ni mucho menos, desdeñando la vulgata y sus *carpe diem* pretendidamente epicúreos, y recordando que la palabra materialismo tiene una significación bien distinta en el puro y hermético lenguaje de la Filosofía. Hacerlo sería perder la oportunidad de reflexionar acerca de la relación profunda entre materialismo y capitalismo, o sea sobre nuestra propia época.

El sorprendente síntoma se expresa entonces en la insostenible contradicción: materialismo = capitalismo y democracia; materialismo = comunismo y dictadura. ¿Cuáles son los grados de lectura de ese síntoma?

Podríamos intentar ordenar la cuestión. Definiremos cuidadosamente el materialismo histórico y dialéctico de Marx. Y mostraremos que no tiene nada en común con el individualismo y la pasión productiva del capitalismo.

Marx inventaba, en su época, un método de análisis concreto, capaz de reconstruir el fenómeno humano y de conciencia a partir de las realidades históricas y sociales. Y proyectaba abolir la nueva servidumbre originada en la Revolución Industrial, cuyos corolarios estatales y religiosos denunciaba, para instaurar una Justicia concreta e inmanente, la del Estado comunista. A los ojos de cualquiera que haya estudiado algo de la historia de la filosofía, las razones por las cuales el marxismo es materialista son evidentes.

Pero he aquí que el Capitalismo es también un materialismo. No creamos oponer tan fácilmente un materialismo auténtico –el de Marx- a una connotación errónea. En realidad, la confusión y la paradoja aparentes provienen de que la problemática propiamente filosófica –¿qué fue Marx con respecto a la metafísica?- se superpone como universitariamente a la efectividad viviente de este mundo, del espectáculo de nuestro mundo.

Nunca como en la era capitalista el hombre desarrolló tanto esa exploración o ese dominio de la inmanencia material que es uno de los signos más ciertos del pensamiento materialista. Nunca, tampoco, tanto como aquí, le ha dado primacía a la efectividad de su estar-aquí por sobre la pretendida posibilidad espiritual de su más-allá. Por lo que debemos entonces decir esto, que es una proposición fundamental: *el capitalismo es una filosofía materialista*.

La dificultad podría expresarse de otra manera: el marxismo era materialista en referencia a la dominación a la vez religiosa, metafísica y burguesa que él combatía. En el fondo, era la laicización de la justicia, proyecto de una justicia real, y de un hombre lúcido, concreto y solidario. El capitalismo de hoy, por su parte, es *naturalmente* materialista: el hombre explota, dirige y refina para su provecho el mundo material. Su poder es concreto, técnico y científico. Y este poder lo halaga. La magia existe, finalmente, pero es la velocidad de las conexiones de internet o en lo digital de las resoluciones de pantallas.

Se podrá decir entonces, tal vez, que tal constatación vuelve caduca la problemática misma del materialismo, que no sería así más que la empresa del pensamiento destinada a superar la metafísica y a derribar el orden social del siglo diecinueve. Palabra y pensamiento del siglo precedente que hicieron la ideología comunista, sin duda. En última instancia, la Revolución Industrial en sí misma es el acontecimiento materialista, con sus dos consecuencias temporales aparentemente antitéticas: la instauración del comunismo, por una parte, y el desarrollo y maduración del capitalismo, por la otra. Porque tanto el comunismo como el capitalismo son efectos de tal Revolución Industrial. Materialismo utópico que se habría vuelto bien pronto dictadura. Y materialismo natural que, a partir de la suerte miserable destinada a los

proletarios y al precio de acontecimientos tales como las dos guerras mundiales, habría humanizado y democratizado el mundo, mas bien nuestro mundo, en un siglo y medio.

2- ¿Debemos inferir que el materialismo, en todas las orientaciones de este pensamiento, hacia la izquierda o hacia la derecha, por medio de la lucha o naturalmente, es una problemática inadecuada para pensar el mundo de hoy? ¡Todo lo contrario! Pero el desafío, la apuesta, consisten en volver a dar a esta orientación filosófica un sentido, a la vez actual e inaudito.

El materialismo, como toda orientación del pensamiento, es a la vez líneas de fuerza y de fuga, es decir, principios inflexibles, axiomática, como también despliegue de vibraciones y modulaciones posibles a partir de esa base: el materialismo es lo que deviene, aunque a partir de un cierto coeficiente de eternidad. De esta manera, reconocer el fracaso monstruoso del materialismo comunista, por una parte, y admitir por otra parte el carácter materialista de la sociedad capitalista, esa doble constatación debe llevar al pensamiento de un materialismo de un nuevo género, mientras sea posible, y que sin duda no será sumisión ni al viejo marxismo ni al sistema capitalista.

También queda planteada aquí la cuestión de una ética realmente materialista, pero sólo materialista. Digamos desde ya, en cuanto a la crítica del materialismo vulgar del capitalismo, que tal ética desplegará -más allá de las convenciones y de los prejuicios ideológicos- la expresión de la multiplicidad infinita del mundo, que no podrá restringir la axiomática puramente financiera del capitalismo.

Digamos también que esta ética no podrá entregarse mansamente a los irrisorios procesos de gozo que atraviesan la sociedad capitalista como si fueran la solución fundamental de la fisura humana: el confort y el lujo, de cosas, atmósferas y servicios.

En efecto: ni la multiplicidad increíble de lo real se dejará filtrar, en verdad, por la Unidad del beneficio; ni este beneficio, resultado de dicha reducción, convertido en

procesos de gozo comprables, podrá nunca resolver la disonancia del hombre, confrontado al abismo de su existencia misteriosa y mortal.

Si los procesos de gozo son necesarios para una vida buena, si no son en absoluto desdeñables, no constituyen sin embargo el fin de una humanidad que debe más bien saber afrontar el abismo de su existencia y extraer de él una fuerza creadora.

Ilusoria y ciega es la tentativa del capitalismo de limitar la multiplicidad del mundo a lo que produce renta o beneficio; ilusoria y depresiva es su exclusión forzada del destino trágico del hombre. Ilusoria y peligrosa, en consecuencia, es esta manera de hacernos creer que el dinero y el consumo, la diversidad del confort y del lujo, son una solución al sufrimiento metafísico del hombre. No se trata, sin embargo, de entonar el cántico del odio al capitalismo, en nombre de un marxismo de retorno. Sino de observar que, si bien el capitalismo es un materialismo, este materialismo es esencialmente inacabado y vulgar. *El materialismo vale más que el capitalismo*. Debe desplegar una ética de un nuevo género para este mundo de falsas multiplicidades, donde los procesos de gozo, codificados, no bastarán jamás para devolver el hombre a sí mismo. A su destino de criatura abierta a los infinitos, y cuya herida sublime, la de ser un animal hablante y pensante, puede y debe convertirse en fuerza para afrontar hasta la voluptuosidad el abismo del que viene. Tal multiplicidad infinita no es reductible al chantaje del mercader; ni esa voluptuosidad, a los procesos capitalistas de gozo.

He desarrollado en otro escrito el aspecto ontológico de tal problema, el del materialismo contemporáneo. De él resultaba que una de las maneras justas de encarar la cuestión era ponerla en tensión a partir de los sistemas de Deleuze y de Badiou. Tendrán que volver a los maestros, y a otros, quienes intenten pensar los requisitos de la política de emancipación, o revolucionaria, a partir de una pura ambición filosófica.

Nuestra época no es la de las Luces, ni tampoco aquella de extraordinaria efervescencia creadora de Marx, Engels, Proudhon, Fourier... En política, los libros sensatos, honestos, homeopáticos, si bien no son *tendencia*, pululan. Derrota de mayo del sesenta y ocho. Aunque hay una literatura descriptiva real, a menudo está atada a detalles o a prospectivas, y no sostiene ningún proyecto prescriptivo; al mismo tiempo que los puntos de vista violentamente prescriptivos quedan relegados a la tienda de los soñadores, de los marginales, de los paranoicos y de los que no están del todo bien de la cabeza. En este contexto, la filosofía política auténtica *agoniza* por no poder ya propagar su sutil veneno de insumisa, su capacidad de rebelión ni su densidad ideal.

Cuatro cuestiones

He aquí cuatro cuestiones, que son de nuestro tiempo. Bien podemos ignorarlas, a causa de su radicalidad. Como es el hábito, casi inconsciente, de nuestro sistema de existencia política y social, excelente en esto de vaciar de su sustancia las cuestiones reales en provecho de una especie de verificación interminable de cuestiones no esenciales, todas ellas tomadas ya de la sistemática imprecisa pero severa de la democracia virtual, y entendidas a partir de su estado de hecho. Pero la filosofía tiene otras ambiciones.

En primer término, debemos comprender el contexto histórico a partir del cual un modo de existencia inaudito, el de la democracia virtual, ha podido, desde hace medio siglo, aparecer y acrecentar su fuerza. Esto remite no solamente a datos históricos, sino también a la manera en que el siglo veinte destruyó la posibilidad del Ideal, mostrando la imposibilidad de su rostro eterno y, en consecuencia, exhibiendo sólo la monstruosidad de su cuerpo, contingente y real, cuya verdad era horrorosa y en contradicción total con la creencia en el Ideal. Al hombre no le quedaba así otra

solución que volverse hacia el modo aparentemente inocente de lo político virtual. Sin Ideal. Los referentes para tal análisis son, evidentemente, las dos Utopías del siglo, de barbarie comprobada: el nazismo y el comunismo. Y sus consecuencias: la reconstrucción del mundo, después del 45, el proceso de desilusión occidental con respecto al comunismo, inseparable de la salida a la luz de su verdad de asesino, la caída, en definitiva, del bipolarismo.

En realidad, no nos adentramos en la comprensión de nuestra época sino a partir de la derrota, ética y concreta, del comunismo histórico. Y esta derrota sólo es comprensible a partir de la existencia en carne y hueso del nazismo, su esencial y secular adversario. Que llamemos Utopía al nazismo puede resultar chocante. Pero no penetramos de ninguna manera en la configuración del siglo que nos precede, y sobre cuyo estiércol florecemos, si no distinguimos que el nazismo fue una utopía, como y contra su rival, el comunismo.

No fue la misma utopía, ni mucho menos, y es precisamente este punto el que da que pensar a una parte de nuestra realidad y de nuestra política ordinaria. Una utopía destruyó la figura del otro para realizarse en un espacio cerrado y único, ario y perfecto, singularidad tomada por lo universal; la otra creyó realizarse en el espacio de lo universal, pero destruyó las singularidades en nombre de lo universal. Una creyó que lo particular de un pueblo hacía lo universal; la otra creyó que lo universal merecía la exterminación de lo particular. Una y otra destruyeron perfectamente porque creyeron en la Utopía, es decir, en lo Uno y en la Totalidad –pero una por lo singular, nazismo, la otra por lo universal, comunismo. Al final, que haya *sólo los mismos*, o que haya *sólo los arios*, son dos proposiciones igualmente lógicas y sanguinarias –aunque perpetradas en forma diferente en el curso de la historia y del horror.

En *segundo término*, se trata de apreciar en su medida esta democracia virtual, institucionalizada, así como sus estructuras actuales y actuantes. Lo que supone un modo de pensar totalmente distinto, para el analista, de aquel empleado para denunciar lo dictatorial. Porque *ambigüedad y multiplicidad, poder latente y no centralizado, barbarie por indiferencia, propaganda opiácea, ilusión de libertad y de conocimiento, censura por deserción*, todos estos procesos no tienen nada en común con la pura brutalidad de las dictaduras, y ejercen de una manera bien diferente sus efectos deletéreos. Aunque hay que entender estos procesos y de qué manera cambian al hombre y redistribuyen discretamente la parte maldita de la esclavitud y la injusticia en la humanidad. La democracia virtual no es violenta; pero esto no significa que no sea perversa.

En suma, la democracia virtual ha interiorizado la derrota de la Unidad y de la Totalidad en beneficio de la multiplicidad real del mundo. Tanto la sociedad como el pensamiento abstracto debieron rendirse a la evidencia de este estado de cosas. Pero, por ser virtual, esta democracia ha integrado la multiplicidad radical del mundo sólo en el modo de lo inauténtico y de lo ficticio. Y este el problema que tenemos por delante, mucho más allá de la cuestión de saber si Nicolás Sarkozy será reelecto: ¿cómo puede existir una sociedad que sea auténticamente la de la comprensión de la multiplicidad insondable del mundo, siendo al mismo tiempo tan alegre y cruel?

Lo que, *en tercer término* plantea la cuestión de la política en Verdad, es decir, como procedimiento auténtico del sujeto.

Pero un procedimiento tal no existe sino en inmanencia con las cosas, los seres y los sujetos. Es decir que, *en cuarto término*, deberemos finalmente considerar la manera en que estructuras e ideales, realidades y posibilidades pueden concretamente, hoy, abrirnos a algo más que a la continuación de la política de la democracia virtual.

(Fabien Tarby, *Démocratie Virtuelle*, ch 1, *La Nuit des Idéaux*, © éd. L'Harmattan, 2009) Traducido por Graciela Mayol (República Argentina)